

LOS ESCRITORES, LA UNIVERSIDAD Y EL REALISMO

por POLI DÉLANO

(Ponencia expuesta al "Primer Encuentro de Escritores y Artistas Universitarios de América", realizado durante el mes de mayo, en la ciudad de Concepción).

Aunque nos habría tentado hablar en esta ocasión de otras cosas, también ligadas a la literatura, también ligadas a los escritores, hemos optado, finalmente, por ceñirnos, de manera más o menos estricta, al interesante tema que sirve de base a este encuentro de escritores artistas universitarios.

Hay innumerables factores que enlazan al escritor joven de Chile con la Universidad. Uno de ellos está determinado por el carácter que nuestra Casa de Estudios ha tenido desde los primeros días de su creación, el carácter de foco asimilador y distribuidor de la cultura y, especialmente, de las actividades literarias. Otro factor es el carácter social que paulatinamente la Universidad ha ido adquiriendo y que en los días que corren se acentúa de modo visible. No deseamos hacer historia de hechos que son perfectamente conocidos, pero es preciso recordar que cuando nuestra Universidad fue creada, en 1842, se puso a su cabeza, como Rector de ella, a un polígrafo, un escritor, un poeta como Andrés Bello. Y también fueron figuras prominentes de la vida universitaria los discípulos suyos de pensamiento más avanzado. Entre ellos, José Victorino Lastarria tiene para nosotros, los escritores, una significación muy especial, puesto que la historia literaria lo considera —cronológicamente— el primer cuentista y el primer novelista chileno. El inició estos géneros literarios no sólo porque sentía bullir en su apasionada mente el ímpetu de las letras, sino también porque consideraba deber suyo marcar la ruta a muchos escritores tímidos e incipientes. Así nacieron las primeras novelas y cuentos de nuestra literatura: "El Mendigo", "El Alférez Alonso Díaz de Guzmán", "Mercedes", "El Diario de una Loca" y "Rosa". Lastarria fue un escritor universitario en el sentido de que comprendió plenamente la necesidad de llevar a sus creaciones el humanismo, así como supo también discernir el papel que a la Universidad le correspondía en el estímulo al desarrollo de las letras. Lastarria, además, supo combinar la producción literaria propiamente tal con los estudios históricos, pedagógicos y filosóficos, así como con su labor docente. Más adelante tendremos que volver de nuevo los ojos hacia la figura patricia de este precursor de nuestra literatura. Ahora, remontémonos a nuestros propios días.

¿Qué ofrece, qué proporciona la Universidad al joven que en Chile elige el difícil camino de las letras: un camino que en nuestro país aún no ha llegado a cons-

tituir profesión, sino que tiene que marchar paralelo a un oficio distinto que ofrezcan los medios de subsistir? (Y no se tome esta acotación por queja, que podría considerarse prematura en un escritor joven. No es que queramos vivir *de* la literatura. Queremos, fundamentalmente, vivir *para* la literatura. Esta es nuestra voluntad; pero ella no impide que nos detengamos a meditar en las causas sociales que frenan la profesionalización del escritor en nuestro país: causas, por ejemplo, como el crecido porcentaje de analfabetismo, la indiferencia estatal frente a este problema, aún más, cierta indiferencia social —de la que habría que excluir a la Universidad y algunas otras corporaciones—, la excesiva comercialización de las actividades editoriales, etc.). ¿Cuál es entonces, volviendo a la pregunta, el aporte universitario?

La Universidad le da al joven escritor, entre otras cosas, que es necesario valorar, cultura, irradiación y estímulo; desbroza la ruta que el escritor debe seguir y procura iluminar la atmósfera nacional de modo que el joven que se dedica a las letras no se mueva en un terreno pantanoso, ocupado por las lianas de la incompreensión y el desdén, sino que por el contrario, debido al solo hecho de esgrimir la pluma, goce del respeto a que es acreedor por parte de la sociedad. A veces también le da la educación necesaria, previa a toda creación literaria. Y si decimos que esto ocurre sólo a veces, es porque estamos pensando en que nuestra Universidad aún no alcanza el grado de democratización requerido por la amplia función social que desempeña, porque estamos pensando en que no pocas figuras ilustres de la literatura chilena jamás pasaron por las aulas universitarias, y no ciertamente por falta de deseos, sino por una causa muy conocida: llegar a la Universidad en nuestro país supone un esfuerzo económico que no todos pueden llevar a cabo. Cuántos escritores de extracción popular no han podido educarse en el humanismo universitario. Cuántos escritores de clase media han debido abandonar sus estudios en el primer, o en los primeros años, para entrar a lidiar con oficios que, generalmente, les son hostiles, debido a las imperiosas necesidades de pan, techo y abrigo. Podríamos llenar páginas con sus nombres. La clase obrera, por otro lado, y los campesinos, si bien miran hacia la luz que irradia nuestra Universidad con instintivo respeto, poseen la dolorosa certeza de que en las condiciones actuales no tienen acceso a ella. Y este problema, como no es difícil deducir, no es de los que se solucionan con parches o composturas, con reformas parciales o con buena voluntad. Es, muy por el contrario, una de las grandes lacras culturales de la sociedad en que vivimos, la cual ha logrado levantar una barrera infranqueable entre el trabajo intelectual y el manual. Ninguna reforma universitaria o de los programas de estudio puede, a nuestro juicio, poner fin a esta degradante discriminación, a este estado de cosas en que la mayoría de la juventud del país mira hacia la Universidad como hacia una Acrópolis ajena, lejana e inaccesible. Sólo el

cambio de las bases estructurales de la sociedad podrá dar solución a este problema de tanta magnitud.

Carlos Pezoa Véliz, Baldomero Lillo, Antonio Acevedo Hernández, Manuel Rojas, Gabriela Mistral, Sepúlveda Leyton y Nicomedes Guzmán, por sólo citar algunos cuantos, podrían encabezar la lista de los grandes escritores chilenos que jamás frecuentaron la Universidad, de los que debieron aprender por sí mismos en las aulas de la que Máximo Gorki llamó "la universidad de la vida".

Pero habíamos dicho que la Universidad estimula las letras y, para respaldar esta idea, bastaría citar los estudios de literatura nacional que desarrollan algunos institutos especialmente dedicados a esta tarea, las cátedras, publicaciones, boletines y la edición de libros de escritores jóvenes, a través de organismos como la Editorial Universitaria y la Sociedad de Escritores de Chile. Estas tareas han cobrado en el medio universitario categoría y cuantía que es preciso saludar. Estamos seguros de que hoy, que nuestra Casa de Estudios está dirigida por un recio escritor, los estímulos a la labor de los escritores jóvenes aumentarán aún más.

* * *

Vivimos una época en que la literatura —me refiero especialmente a la narrativa, que es el género que conozco más—, ha ido haciéndose más y más compleja. El trabajo literario no exige ya al escritor tan sólo el poco de imaginación para crear una trama, juntar a media docena de personajes y hacerlos moverse en un escenario determinado. La extraordinaria divulgación de las obras literarias extranjeras unida a una concepción cada vez más clara de la realidad, ha ido transformando aquel complejo de sucesos, de atmósfera y de personajes que el lector espera del escritor. Múltiples elementos han venido a buscar cabida, a reclamar un lugar dentro de la obra de ficción: los descubrimientos de la ciencia y los adelantos de la técnica, las nuevas concepciones de la filosofía y hasta ese hecho extraordinario que si bien no aceptamos como una panacea universal, ni como una forma fácil de eludir la búsqueda y el trabajo literarios, valoramos sí en toda su importancia: los hallazgos de Freud y de sus discípulos. Un papel muy relevante también asume en la narrativa actual el elemento que comúnmente se denomina "lo social", es decir, el estudio de aquello que divide o une a los hombres y que mayormente determina su conducta: las clases, la forma de producción, la conciencia social. Si a las obras de ficción faltasen todos estos elementos que hemos señalado, ellas resultarían como fábulas poco verdaderas, como fugitivas historias que nada tienen que ver con el mundo que nos rodea. No podría eludirlos el escritor que se ha propuesto reflejar la realidad, pues con ello faltaría a un compromiso consigo mismo y acaso al compromiso que también tiene con sus lectores.

Nadie puede negar que el hombre se comporta siempre como miembro de una colectividad, de una sociedad, de una clase. Y el escritor que quiera mostrar las características, la evolución y el desarrollo de esa sociedad, necesita conocer sus resortes, su economía, principalmente, elemento que mueve importantes hilos de la vida social. Balzac decía que el realismo no consiste, simplemente, en copiar la naturaleza, sino en reflejar el movimiento y la vida que hay en ella. Nada más adecuado para iniciar esa empresa que el gran novelista fija con sus palabras, que un conocimiento más o menos profundo del mecanismo y las leyes del desarrollo social. Roger Garaudy, crítico contemporáneo notable, señala: "No es la brújula lo que hace al marino, ni es el mapa de estado mayor lo que hace a un gran capitán, pero sin brújula y sin mapa, el explorador o el capitán tienen más probabilidades de errar. Del mismo modo, el conocimiento de las leyes profundas del desarrollo de las sociedades arma al escritor o al artista del mapa y la brújula necesarios para sus descubrimientos".

La Universidad, desde luego, no es ajena al estudio de los factores que determinan la conducta social, como no lo es tampoco a la creación del humanismo, condición que nos capacita no sólo para estudiar, sino también para *sentir* los problemas contemporáneos. Digo *nos* capacita, refiriéndome, principalmente, a aquellos escritores que estamos buscando en el realismo el método fundamental de nuestro trabajo literario.

Y puesto que hemos hablado de realismo, es preciso hacer algunas aclaraciones. Es frecuente que ciertos grupos de escritores jóvenes, ya sea en conversaciones privadas, o al ser entrevistados por la prensa, se refieran al realismo de manera despectiva, como si el término representara tendencias literarias añejas, perdidas ya en un pasado remoto, o como si atribuyeran al realismo toda la literatura panfletaria de mala calidad que se ha producido. Yo creo que ellos se equivocan, que están confundiendo las cosas. No pretendo entrar en definiciones, porque no soy teórico, no sé teorizar. Pero creo que el realismo no es sólo un método formal externo, sino también un método de pensamiento. Una concepción. No sólo una manera de decir algo, sino de concebir e interpretar la realidad. Debe ser dinámico para captar y asimilar los nuevos aportes que grandes escritores de este siglo han hecho a la técnica narrativa, debe buscar también formas nuevas de expresión, y cada escritor realista debe, desde luego, buscar formas propias, originales, para presentar su material; pero toda esta asimilación, toda esta búsqueda, no tienen por qué involucrar un cambio de actitud frente a los fenómenos, frente a la realidad. Pienso que más importante que ser original es ser profundo, y que la profundidad artística se alcanza sumergiéndose a fondo en la vida para conocer el pensamiento, las costumbres, la acción de los hombres, así como las características del medio que los determina. Estos escritores suelen confundir realismo y literatura

política en una misma idea. Y piensan que porque hay literatura política mala, toda la literatura política, o toda la literatura realista ha de ser mala. Al respecto quiero citar algunas palabras de Doris Lessing, novelista inglesa, considerada entre los "escritores coléricos o iracundos". Ella dice: "No veo razón alguna en contra de que un escritor trabaje, en su papel de ciudadano, a favor de un partido político, pero jamás debe permitir que llegue el momento en que se sienta obligado a hacer publicidad a la política o línea de un partido, *a no ser que su propia necesidad apasionada como escritor le impulse a ello*, en cuyo caso la pasión puede muy bien, si el escritor tiene talento, convertir a la propaganda en verdadera literatura". Este criterio me parece justo. El escritor debe escribir de cosas que *sienta* y, por supuesto, de cosas que conozca. Pero creo que el mayor o menor valor artístico que alcancen estas cosas al ser convertidas en literatura, dependerá, en gran parte, del grado de verdad y profundidad que contengan. Y un escritor necesitaría poseer una dosis muy elevada de intuición —se dan, desde luego, los casos— para contener verdad y profundidad sin un conocimiento más o menos cabal del mundo en que vivimos, de sus leyes y sus problemas.

El realismo, sello que ha caracterizado tradicionalmente a nuestra literatura, experimentó también, desde sus primeros pasos, la influencia de la Universidad. De las aulas universitarias salieron hace más de cien años los hombres de espíritu liberal que habrían de forjar toda una serie de elementos culturales para darle impulso a las letras chilenas. Las revistas literarias, por ejemplo, que nunca eran exclusivamente literarias, pues los materiales de este orden iban lado a lado de la difusión de ideas y de la política. Eran por ello instrumentos peligrosos, que los gobiernos conservadores de la época iban clausurando uno tras uno. Nuestros primeros padres —que así podemos llamar a quienes nos precedieron, tanto en la literatura, como en la acción social—, no se inmutaban porque sus periódicos debieran desaparecer forzosamente y creaban otros y otros. Así, a "El Crepúsculo" sucedió "El Siglo", a éste el "Diario de Santiago", "La Semana", etc. Ante cada embestida gubernamental, la impetuosa nidada de intelectuales salidos del alero universitario volvía a la carga con una nueva publicación. Eran los mismos hombres que fundaban sociedades donde se debatían ideas evidentemente ligadas a la política, pero de las que nunca se hallaban ausentes los asuntos intelectuales y literarios. La Sociedad de la Reforma, por ejemplo; la Sociedad de la Igualdad, inspirada en los principios de la Revolución Francesa, y, la más importante desde el punto de vista que nos asiste en este trabajo, la Sociedad Literaria, fundada paralelamente a la Universidad en el año augural de 1842. Fue la primera institución de este carácter que tuvo Chile y en ella participaron Lastarria, Bascuñán Guerrero, Manuel Bilbao, Javier Rengifo, Eusebio Lillo y otros escritores. El discurso pronunciado por Lastarria el día de la inauguración equivale a un verda-

dero programa de regeneración intelectual. Propugna la creación de una literatura nacional, chilena, desligada de la española y la francesa, una literatura que sea expresión de *nuestra* nacionalidad. "Es preciso —dice Lastarria— que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sí de sus efectos".

En estas palabras nos basamos para creer que un realismo de la mejor ley ha guiado, desde los lejanos días de 1842, la pluma de nuestros escritores. ¿Quién no suscribiría hoy, en 1964, estos conceptos de Lastarria, en los que incita a escribir la realidad individual y social de la vida —"Hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud"—, en obras amplias, que abarquen a todo el conglomerado social —"es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada"—? Lastarria vio claro, claro como también vemos nosotros hoy, que el destinatario de la obra literaria —de la novela, del cuento, del poema—, no es —¡no debe ser!—, el pequeño clan, el restringido círculo de *élite*, sino el pueblo todo, al que llama "el mejor juez de los efectos del arte".

Permitásenos aún insistir en la idea del realismo literario que sustentamos y que acaso bebimos en la misma fuente donde se forjó nuestro pensamiento: en la Universidad, en nuestra Alma Mater. Menguada casa de estudios sería aquella que no admitiera en su seno el debate de todas las ideas, de todas las tendencias, para que en ese juego ideológico escogiera el joven los elementos que han de determinar su camino. Contraponéense el idealismo y el materialismo filosóficos, los débiles intentos románticos de crítica a la realidad y la severa disección de ella; la concepción del intelectual como superhombre que está por encima de los conflictos humanos y la más modesta actitud del intelectual militante, que comprende el deber que lo liga a su época. "Los intelectuales —escribió el humanista italiano Gramsci—, se creen independientes y autónomos. Croce se cree más ligado a Aristóteles y Platón que a sus contemporáneos". Enfrentáanse tendencias y escuelas; la protesta infecunda del colericismo anárquico y la actitud constructiva del estudio sistematizado de la realidad circundante, las causas que la engendran y los métodos que la transforman.

Estamos con este último sistema de pensamiento y acción. No podríamos aceptar la idea de que la realidad y el mundo son incognoscibles, ni tampoco el truco de llenar todos los huecos y vacíos, todos los misterios de la conducta humana, con la fórmula fácil de la sexualidad de Freud. Creemos, en cambio, que hay sistemas

que ahondan en la explicación de la realidad y del hombre, aunque sea preciso buscar esas explicaciones en las grietas de la defectuosa sociedad actual. Mostrarlas es deber natural de la literatura realista, empleando para ello las más elevadas formas artísticas. No podemos decir con Mallarmé, que un buen libro es el fin para el cual se hizo el mundo, ni preguntar tampoco con Rossetti: "¿Qué me importa a mí si el sol gira alrededor de la tierra o la tierra gira alrededor del sol?" Si de algo tenemos conciencia, es de que la época que estamos viviendo exige de todo artista un compromiso consigo mismo y también un compromiso con la verdad.

IMPORTANTE REUNION INTERNACIONAL CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE UNAMUNO

1964 en el campo de las letras y el pensamiento de habla hispana, ha sido ciertamente el "Año de Unamuno". Como se sabe, se cumple el primer centenario del nacimiento del genial escritor vasco. De la trascendencia de Unamuno, da una muestra el hecho de que se celebre en la Universidad de Vanderbilt, en los Estados Unidos, entre el 3 y el 7 de septiembre próximos un Symposium Internacional conmemorando el aniversario al que nos referimos. El tema será "Pensamiento y Letras Españolas en el Siglo Veinte". El Symposium está organizado por el Departamento de Español y Portugués de la citada Universidad, presidido por el Prof. William H. Roberts. Director del Symposium será Germán Bleiberg.

El Comité del Symposium tiene como presidente honorario a Ramón Menéndez Pidal y está compuesto —entre otros— por Dámaso Alonso, José Luis Aranguren, Marcel Bataillon, Camilo José Cela, Julián Marías, Juan Marichal, Sir Bertrand Russell, Igor Strawinski, Giuseppe Ungaretti.

Ofrecemos a continuación a nuestros lectores, la reproducción de una carta escrita por Unamuno a José Ortega y Gasset, fechada el 30 de mayo de 1906, y publicada en el prospecto de invitación al Symposium en referencia.